

púsculo sobre los estanques, oigo las tonterías de la mesa de posada, que me excitan el espíritu, y al día siguiente, después de haberme paseado en el Grau-du-Roi, entraba en el Palacio Borbón con mi novela en la cabeza.

Y a propósito, la semana pasada tomaba el tren en provincias; para subir a mi compartimiento tuve que molestar a una joven que, asomada a la portezuela, conversaba con un hombre parado en el andén; lloraba dulcemente y por momentos oía yo su gemido: «¡Dios mío, qué decepción, qué desgracia!»

Cuando el tren se puso de nuevo en marcha, quedó ella agitando, todo el tiempo que pudo, su pañuelo por la ventanilla. Después se sentó y lloró.

Para que esta tierna criatura pudiese desolarse a sus anchas dejé el sitio que ocupaba frente a ella y fuíme a mirar el paisaje, en la esquina opuesta del vagón. Por más delicadeza, y como los rayos del sol poniente le diesen en los ojos, bajé la cortina, temiendo que secasen demasiado pronto llanto tan meritorio.

Se volvió hacia mí para agradecerme y de súbito, en medio de sus lágrimas, la cara se le iluminó, y maravillada:

—¡Cómo! Señor, no creo engañarme... no me animo... ¿es realmente el Sr. M. B. con quien tengo el honor de hablar?

—Al mismo señor B., que está a sus órdenes.

—¿Por qué no lleva usted sus decoraciones?

—Porque no tengo ninguna.

—¡Qué injusticia! Pero no importa. Sólo la inteligencia importa. Nada pongo yo por encima de una bella conversación. Me encanta hablar con los intelectuales, con un doctor, un profesor.

—Seguramente ese joven que hace un rato tenía el placer de causaros tanta pena es un profesor.

—¡Oh, él!—me dijo con una sonrisa desdeñosa—es mi *gigoló*.

En ese punto me sumergí en la lectura de mi diario, diciéndome que no es necesario más, a los veinte años,

para encauzar, precipitar y cristalizar los elementos de interés suspensos en nuestra imaginación.

Así nacen las Berenice, así recibimos, del azar y de la sonrisa de una loca que pasa, el ligero estremecimiento del que puede nacer alguna cosa de romanesco y un algo extravagante. Todo es sorprender la emoción enteramente viva, porque ella salta con tanta rapidez como una curruca entre un árbol en la primavera.

La chispa, sin embargo, no inflama sino los materiales acumulados. Todo lo que se recibe por fortuna se lo obtiene a la medida de aquello. Un grano produce según la calidad de la tierra que lo acoge. Trabajad, pues, con en-

carnizamiento para que sea fecunda la ocasión divina. Y, no obstante, esta hora de posibilidad dejadla venir sin exceso de sollicitación; libremente ofrecidos al destino, prestaos a los cuatro vientos del Espíritu que sopla donde él quiere.

Vuestro destino permanece oscuro, a vosotros mismos más que a nadie. ¡Y felizmente! Es en las tinieblas donde el alma madura y donde el genio trabaja. Pero nuestro voto, nuestra esperanza, nuestra certidumbre, lo que de vosotros aguardamos, es que pongáis victoria en las letras francesas.

MAURICE BARRÉS

(La Nación, Buenos Aires).

Las nuevas ciudades

EL último Congreso de la Asociación Médica Británica sugiere la posibilidad de que cambie en un futuro relativamente próximo la estructura de las ciudades y, por tanto, la de la civilización. Un médico famoso, el Dr. Childe, Presidente de la Asociación, ha dicho una vez más lo que ya saben casi todos los médicos del mundo, y es que la causa casi única de la tuberculosis, el raquitismo infantil, el linfatismo, etcétera, ha de encontrarse en la falta de luz y en la falta de aire. Ambas faltas se dan a menudo en el campo, por carencia de condiciones higiénicas en las viviendas. Aquí el remedio consiste en someter las viviendas a una inspección higiénica, como la que realiza el Gobierno sueco hasta en las últimas casucas de sus bosques inmensos.

Pero el mal se produce principal-

La estimación extranjera

Nueva Revista, de Buenos Aires, en su N^o 36, reproduce del REPERTORIO AMERICANO, el trabajo *¿Existe la selección natural?* de nuestro distinguido colaborador don Juan José Carazo. No es la primera que el señor Carazo se hace acreedor a esta distinción.

mente en las ciudades, y aquí el remedio no es tan fácil. Hay barrios que no pudieran higienizarse sino destruyéndolos, a causa de la aglomeración de las viviendas. ¿Qué hacer en estos casos? El doctor Childe ha propuesto un remedio: Que se promulgue una ley por la que se prohíba en lo futuro edificar más de un determinado número de casas por hectárea. La sugestión del presidente fué aceptada por unanimidad por los miembros de la sabia Asociación, y como el gremio médico es uno de los más influyentes de Inglaterra, no sería extraño que se llegase a promulgar una ley por la que se limitase el número de viviendas que se pueden levantar por cada hectárea de terreno, y hasta que se fuese extendiendo gradualmente la ley a la propiedad ya edificada, prohibiendo que se reconstruyera, a medida que se fuese viniendo abajo, sino en la proporción marcada por la ley, y hasta podría dictarse una ley por la que se fuese obligando a los dueños de las fincas urbanas a atenerse gradualmente, en determinado número de años, a las disposiciones de la ley que prohíbe el hacinamiento de las viviendas.

Podrá empezarse por prohibir que una vivienda tenga pared común con ninguna otra, y por limitar el número de habitaciones que habrá en cada casa. Lo cierto es que la aprobación con que ha recibido la Asociación Médica la sugestión de su presidente abre el pecho a la posibilidad de que las ciudades del porvenir se parezcan muy poco a las de la actualidad. Basta, en efecto, con que la ley intervenga eficazmente para que poco a poco sean reemplazadas las ciudades actuales por ciudades jardines, donde cada familia viva en su casa y donde entre casa y casa haya una huerta o un jardín.

Ha fracasado el sistema que permite

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO
VERMÍFUGO
INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA